

fundación

ASMOZ

formación on-line

Asistencia a las Víctimas de Experiencias Traumáticas

1.3. Aspectos filosóficos y éticos en la victimología

Profesor: © Mikel Iriondo Aranguren



Universidad
del País Vasco

Euskal Herriko
Unibertsitatea

ÍNDICE

1. Introducción. El sufrimiento humano, el reconocimiento del otro y el valor moral.....	3
2. Las víctimas. Quiénes y hasta cuándo.....	6
3. La memoria y el olvido. El testimonio, sus interpretaciones y el trato institucional hacia las víctimas.....	8
4. Amnistía y amnesia. La vergüenza de la víctima. Resentimiento, odio y venganza.....	11
5. Reconocimiento del dolor causado y arrepentimiento. Posibilidad del perdón de las víctimas. Justicia y responsabilidad.....	16

1. INTRODUCCIÓN. EL SUFRIMIENTO HUMANO, EL RECONOCIMIENTO DEL OTRO Y EL VALOR MORAL.

Tendría que decir, en primer lugar, que se me hace difícil llamar 'lección' a unas reflexiones sobre el dolor de las víctimas. La mayor parte de nosotros conocemos la existencia del problema, sea de la índole que sea, y en el mejor de los casos podemos solidarizarnos, tratar de ponernos en el lugar de las personas sufrientes y esforzarnos por conocer sus testimonios y vivencias. No es poco, pues lo más común suele ser mirar para otro lado sabiéndonos ajenos al problema. El sufrimiento es de otros y preferimos alejarnos de tan tristes episodios. Sin embargo, nadie está a salvo de cualquier situación de angustia y dolor sea por accidente casual, por atentado, por violencia sexual, etc. o por idénticos problemas o abusos acaecidos o cometidos contra hijos, familiares o amigos.

En efecto, siempre puede sobrevenirnos cualquiera de todas estas desgracias. Si tenemos la suerte de haber vivido ajenos a cualquiera de ellas, la capacidad empática, esa disposición a situarse aunque sea por un momento en el lugar del otro, es un requisito básico para comenzar a tomar cuenta del problema. Existen muchos textos de ética y filosofía que abordan el tema de la solidaridad y la empatía humanas. Sin tener ahora que recurrir a filósofos como Habermas o Lévinas, de quienes podéis encontrar abundante bibliografía en la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y CCEE, os recomendaré leer a Ryszard Kapuscinski y, más en concreto, su libro "Encuentro con el otro". Este escritor, periodista y viajero polaco, fallecido en 2007, conoció a fondo muchos lugares del mundo, conoció genocidios y episodios de violencia escalofriantes que dejaron innumerables víctimas y heridas profundas difícilmente restañables. A diferencia de otros reporteros, a Kapuscinski no le gustaba el seguro acomodo en hoteles de lujo ni la consiguiente labor del periodista que escribe su crónica alejado del núcleo de la noticia y recurriendo a informaciones de segunda mano.

Entendía su labor como un compromiso con la verdad, sabiendo que en el mundo actual es imposible hallar la certeza, pero intentando ofrecer interpretaciones coherentes y bien informadas de la realidad, alejadas de cualquier huella de cinismo. Para ello, no dudaba en mezclarse, incógnito, con la población del lugar, tratando de acostumbrarse a sus maneras de vida e intentado aprender y comunicarse en el idioma de las gentes que le rodeaban

En este texto, nos abre la mirada hacia nuestro prójimo, pues lo considera requisito básico para comenzar a resolver estos problemas de difícil tratamiento. Y nos dice,

“Emmanuel Lévinas llama *acontecimiento* al encuentro con el otro; lo califica, incluso, de ‘acontecimiento fundamental’. Se trata de la experiencia más importante, del más amplio de los horizontes. Lévinas, como es sabido, pertenece al grupo de filósofos dialoguistas que han desarrollado la idea del otro –como ente único e irrepetible- desde unas posturas de oposición más o menos directa, hacia dos fenómenos aparecidos en el siglo XX y que no son otros que:

-la aparición de la sociedad de masas, que anula el hecho diferencial del individuo, y,

-la expansión de las destructivas ideologías totalitarias.”

Y, añade Kapuscinski, “El miembro de la sociedad de masas se caracterizará por el anonimato, la falta de vínculos sociales, la indiferencia hacia el Otro y -a causa de su desarraigo cultural- su impotencia frente al mal y su disposición a cometerlo él mismo, con todas las trágicas consecuencias que ello implica y cuyo símbolo más atroz será el Holocausto” (...)

“Sin embargo, a medida que vamos adentrándonos en los análisis, las observaciones y las teorías de estos pensadores (como Lévinas), en un determinado momento empezamos a acusar una cierta carencia: en sus síntesis y su modo de discutir nos falta un eslabón muy importante que no es otro que el individuo, el *hombre concreto*, aislado de la masa, un Yo y un Otro concretos, ya que, de acuerdo con lo que afirman los filósofos del diálogo, mi Yo puede manifestarse como un ser definido *tan sólo en relación con*, es decir, en relación con el Otro, cuando éste aparece en el horizonte de mi existencia, dándome un sentido y otorgándome un papel. (...) Sé que existo porque sé que existe ese Otro”

Visto desde otra perspectiva podríamos decir que no existe cultura alguna autosuficiente, ni la nuestra ni las ajenas, y sólo el fanatismo de algunos permite ver en su entorno, en su grupo de pertenencia, la verdad y el valor insustituible de sus creencias.

Las culturas, además, no pueden ser todas igualmente válidas y defendibles en su conjunto, porque habrá algunas que consideren moralmente más válido luchar contra la humillación y la crueldad, mientras otras hacen caso omiso a estos

criterios. Conviene recordar que el dolor siempre es personal, lo sufre uno por sí mismo, y no existe ningún colectivo que sufra por nosotros. Frente a la ola relativista que nos inunda, conviene recalcar también que no todo valor es igualmente defendible. Nuestro sentido común lo sabe a ciencia cierta, de eso creo estar seguro.

Desde mi punto de vista, los criterios de insuficiencia y de inmadurez son dos conceptos pertinentes para caracterizar a las personas individuales y las diferentes culturas existentes o por existir. Lejos de considerar cada cultura autosuficiente y necesitada de un compartimiento estanco para su perpetuación indefinida, hemos de considerarlas esencialmente dinámicas siempre que la libertad individual está garantizada en su seno. Porque existen también culturas donde las libertades se niegan, donde se constriñen los derechos de las personas por motivos de sexo, religión, ideología, poder, etc., que propugnan modos de vida endógenos y tradicionales con el claro propósito de perpetuar un poder político secular y donde los excesos y atentados contra los derechos fundamentales están a la orden del día.

Según los textos citados de Kapuscinski, mi individualidad sólo es posible afirmarla en relación a las individualidades ajenas. El respeto a los demás y sobre todo a su vida, que es lo máspreciado que tienen y de la que derivan cualesquiera otros bienes, es fundamental. Sin embargo, en nuestro mundo moderno hemos vivido episodios terribles vinculados con el totalitarismo político y asistimos cotidianamente a episodios de violencia extrema debido a la indiferencia y desprecio hacia nuestro prójimo. Decía Kant, cuando formulaba su llamado imperativo categórico moral, que "hemos de tratar a los demás como si fueran fines en sí mismos" y es esto justamente lo que la violencia niega. Son muchas las personas que consideran que ya que hemos de vivir unos limitados días en este mundo y no sabemos cuándo hemos de morir, lo más adecuado sería tratar de aprovechar cualquier posibilidad para obtener los mayores beneficios y placeres y utilizar a los demás como medios para sus fines. Algo así como: 'Yo me preocupo sólo de lo mío y me valgo de los demás para mi beneficio ya que no creo en un más allá ni en la justicia divina'.

Pues bien, el sentido de la moral y de la ética viene precisamente determinado por nuestra caducidad, pues si viviéramos eternamente ningún esfuerzo nos merecería la pena. Así, y siguiendo a Kant, deberíamos de ver a nuestro prójimo como alguien que se esfuerza por lograr sus fines y no como un medio que nos permite

conseguir los nuestros. La idea de medio, remite además a pensar en 'instrumento' y en 'obstáculo'. Quiere esto decir que, para algunas personas, si el Otro como instrumento les sirve, lo utilizan, pero si el Otro se convierte en un obstáculo pueden incluso llegar a eliminarlo, convirtiéndolo en víctima.

Todas estas reflexiones morales, aquí expuestas con brevedad y sencillez, no garantizan tampoco la erradicación de los males que denunciamos. Podemos y debemos pensar sobre estas cuestiones, pero desgraciadamente las víctimas de toda índole seguirán existiendo.

2. LAS VÍCTIMAS. QUIÉNES Y HASTA CUÁNDO.

Delimitar el estatuto de 'víctima' es un problema complejo. Parece evidente, para comenzar, que si de víctima hablamos, ésta es quien sufre directamente cualquiera de la circunstancias traumáticas analizadas en este curso y que en muchísimos casos no tiene oportunidad alguna de hablar y dar testimonio por haber fallecido. Sobre este carácter de víctima no existe normalmente desacuerdo, salvo cuando es producto de la violencia ideológica y la víctima es señalada por los victimarios como el verdadero verdugo. Pero sobre el tema de la violencia totalitaria e ideológica hablaremos más detenidamente en la siguiente sesión.

Existen, claro está, las víctimas colaterales, que por el hecho de continuar con vida sufren cotidianamente la afrenta por la imposibilidad de erradicarla del recuerdo. La memoria tiene esta característica: si uno se esfuerza por olvidar no hace otra cosa que recordar. Por ello el daño causado tiene un carácter instantáneo cuando se produce, y un efecto progresivo ligado a los efectos colaterales y la memoria.

Una manera de olvidar es la distracción de la memoria, ocuparla con otras cosas, llenar nuestro tiempo con otras ocupaciones, pero desgraciadamente nunca se olvida pues el dolor sufrido fue desgarrador y se demanda una justicia que nunca puede satisfacer del todo, pues no restituye a la víctima directa su integridad previa (o su vida, en el caso de haber fallecido). Otra de las posibilidades de no recordar jamás, la más radical, es la enajenación o la locura, pero obviamente y a pesar de que muchas víctimas la hubieran preferido antes de pasar por ese trance, nadie se vuelve loco queriendo. En los casos más extremos del totalitarismo, como el

genocidio, muchos sobrevivientes optaron por el suicidio, constituyendo su acción motivo para la reflexión profunda respecto a los desgarros del dolor.

Así pues, las víctimas de las acciones violentas son muchas: la persona agredida directamente, sus familiares y entorno más próximo, la organización o grupo al que pertenece, etc. Y, en general, podríamos decir que para todos ellos su condición de víctimas conlleva una restricción en el disfrute de sus vidas pues sus posibilidades de felicidad han quedado disminuidas. Podríamos hablar también del efecto 'contagio' relacionado con la convivencia con la víctima o víctimas. Un contacto cercano o prolongado con una persona que ha sufrido un trauma grave puede afectar negativamente y se pueden producir trastornos emocionales, derivando en la aparición de 'víctimas secundarias'.

En cualquier caso, y sin olvidar manifiestas injusticias, conviene ahora hacerse otra pregunta respecto al trato de los estamentos oficiales hacia las víctimas de toda índole, sobre todo cuando parece ya claro, gracias al establecimiento de una verdad indiscutible, quienes son los verdaderos culpables.

¿No habría que delimitar un plazo temporal en la responsabilidad pública de atención a las víctimas? ¿No habría que fijar el 'desde cuándo' se es víctima y, sobre todo, el 'hasta cuándo' persiste esa condición para detentar sus eventuales derechos o indemnizaciones?

Entiendo que estas preguntas puedan causar cierta sorpresa, pero creo necesario delimitar plazos (siendo consciente que afectiva, psicológica y moralmente, las víctimas nunca dejan de serlo) para evitar abusos que a veces se han cometido. Pero esta es una cuestión a debatir donde las propias víctimas tienen mucho que decir. En cualquier caso nunca compartiré la idea de que las víctimas, por serlo, tienen 'Razón' en lo que demandan y que nadie pueda discutir con ellas exponiendo otros criterios sin ser calificado de perverso o calificativos similares. En rigor, el sufrimiento y el dolor no nos dan la 'Razón', lo que otorgan es una experiencia -por la que la mayoría de las personas no han pasado- y, por lo tanto, lo que les confiere es el derecho a explicar y exponer las consecuencias del suceso traumático, el análisis de las circunstancias que lo motivaron, etc. y el cómo creen ellas que sus heridas pueden mitigarse. En resumen, las víctimas tienen 'razones' añadidas que remiten al derecho a ser expresadas y atendidas, pero que no

implican que no puedan ser racionalmente discutidas. Y esto a veces se olvida y asistimos a testimonios y debates sin sentido.

3. LA MEMORIA Y EL OLVIDO. EL TESTIMONIO, SUS INTERPRETACIONES Y EL TRATO INSTITUCIONAL HACIA LAS VÍCTIMAS.

Como quiera que en España la desatención y la ignorancia respecto a las víctimas fue durante años moneda común, las reivindicaciones de diversos colectivos y voces anónimas han ido logrando que cierto reconocimiento se haya ido abriendo camino. Soy consciente que queda mucho por hacer y que, según las características del acto de violencia o del suceso fortuito que dio lugar al sufrimiento posterior, no todas las víctimas gozan de tratamiento similar. Este hecho da lugar a otro tipo de 'victimización secundaria', el maltrato institucional, pues la lucha contra los estamentos judiciales tratando de hacer valer unos argumentos y demandando unos derechos, suele ocasionar no pocos traumas y padecimientos, sobre todo porque la memoria de los hechos acaecidos permanece vívida durante todo este proceso. Sin querer banalizar el tema que nos ocupa, existe una novela de Dickens, 'Casa Desolada', donde asistimos entre otros avatares, a una larga pugna judicial, durante generaciones, por los derechos de una herencia millonaria. Pues bien, Dickens nos presenta, irónicamente, a unos demandantes al borde de la locura pues en esta pugna han echado a perder sus vidas y lo único que han conseguido es infelicidad y amargura. Después de una larga cadena de años, la pugna termina súbitamente pues las costas del proceso han agotado la cuantía de la herencia. No me gustaría que las reivindicaciones de las víctimas de las que aquí hablamos acabasen de idéntica manera, pero sí es verdad que la mayoría de ellas durante mucho tiempo han tenido que sentirse desatendidas o utilizadas y padecido, en consecuencia, grandes dosis de amargura.

El testimonio o intento de dar cuenta de unos hechos acaecidos siempre da lugar a numerosos problemas ligados a la interpretación del pasado. En rigor, el pasado no puede presentarse objetivamente, pues ya pasó y no lo tenemos presente. Estamos hechos de tiempo y experiencias y repetidamente tratamos de reconstruir los senderos recorridos. Sin embargo existen mejores o peores relatos de los hechos acaecidos. Si bien el pasado se interpreta, existen hechos objetivos e insoslayables.

En rigor, es el trabajo de los historiadores, tantas veces puesto en tela de juicio, el que pretende ajustar las cuentas con nuestro pasado trasladando al presente la realidad de los acontecimientos pretéritos. Es esta una labor no exenta de problemas, pero conviene recalcar frente a los relativismos imperantes hoy en día, que aunque la historia posee una estructura narrativa no es sin embargo narratividad en sentido estricto, pues no acepta presentar los hechos atendiendo exclusivamente a la verosimilitud. Para el historiador riguroso esta verosimilitud sólo admite el recurso a la verdad de los hechos pasados. La adecuación debe estar presente y está además sujeta a una continua revisión. Como los historiadores trabajan con documentos objetivos, es siempre posible mejorar un relato supuestamente canónico y aceptado por la generalidad, puesto que nuevos datos permiten alterar partes del discurso histórico. Esta perfectibilidad del trabajo de los historiadores trata de evitar cualquier recurso a la fijación de la historia por decreto, dígame leyes dictadas por los gobiernos sobre la memoria histórica o cualquier otra forma de instaurar una interpretación, por muy rigurosa que se pretenda, como hecho incontestable.

T.Todorov¹, el ensayista francés de origen búlgaro, distingue, tratando de evitar confusiones, entre dos verdades:

- a.-La verdad de adecuación o verdad factual, que expresa una relación de exactitud entre el discurso y aquello que designa. La frontera entre hecho e interpretación es aquí neta. Si bien no hay otra posibilidad, frente a los hechos del pasado, de reconstruirlos, el historiador debe ceñirse a la verdad, tratar de ajustarse a la documentación existente y no dejar volar la imaginación como si de un literato se tratase. La historia, a pesar de sus proximidades a la literatura, debido a su entramado narrativo, no puede ser literatura en sentido estricto, no puede calificar arbitrariamente un suceso histórico para ajustarse a una conveniencia política, ideológica, estética o de cualquier otra índole. De esta manera, por poner un ejemplo burdo, nadie puede aseverar sin ser motivo de escarnio que Napoleón fue un gran estratega bélico que afianzó su fama durante la primera guerra mundial. Si bien es cierto que los historiadores han de hacer frente a hechos difusos del pasado, con la consiguiente dificultad que encierran, el fácil recurso a dejar volar la imaginación convierte al historiador en literato. Afortunadamente, existen historiadores rigurosos y también otros que nos advierten, para no

perder credibilidad, que en ciertos momentos han recurrido a hipótesis verosímiles pero no documentalmente acreditadas. Del resto podríamos decir que pueden alcanzar mayores o menores cotas de elevación en la gloria literaria, pero que no son historiadores.

b.-La verdad de desvelamiento. El discurso de desvelamiento no se conforma con la verdad de los hechos sino que profundiza, trata de descubrir el sentido oculto y propone un marco que nos permite comprender mejor lo que han significado ciertos acontecimientos.

Ninguna interpretación es definitivamente verdadera, pero hay algunas que nos parecen más ciertas y profundas que otras. Así, gracias a poetas y novelistas, comprendemos mejor la condición humana y, en consecuencia, nuestra propia vida. Hay aquí una estrecha relación con la tan denostada imitación, ese viejo término que nos lleva a establecer un vínculo con el mundo. El artista, como señala Todorov, no pinta el mundo, no puede hacerlo como pretende hacerlo con enorme dificultad el historiador riguroso, sino que nos muestra su experiencia particular de conocimiento del mundo. La clave es la profundidad, la verdad de una experiencia, y no la exactitud.

Más que ajustarse a los hechos del pasado, trata de explicar las motivaciones que los hicieron posibles, o como dice Doris Lessing: "Facts are easy. It is the atmospheres that made them possible that are elusive"².

Esta segunda verdad remite de desvelamiento remite a las posibilidades de la literatura o el cine, pongamos por ejemplo, para abordar hechos violentos o crueles para con otros seres humanos. Aunque este será el tema de la próxima sesión, anticipo que gracias a esta posibilidad podemos acercarnos a experiencias ajenas y situarnos más cerca de las personas que sufren. Tomamos cuenta de otras realidades y añadimos valor a nuestra propia existencia.

Tener en cuenta estas dos verdades que señalaba Todorov es fundamental para entender los hechos del pasado. Será necesario pues contar con historiadores rigurosos y con creadores y artistas comprometidos con la necesidad de la verdad.

¹ Tzvetan Todorov. "Devoirs et délices, une vie de passeur." Éditions du Seuil, 2002

² Doris Lessing. "Under my skin", 1949. (Harper Collins Publishers, 1994)

Y añadiré que se busca mal la verdad si uno no sabe de entrada que debe ponerse al servicio del bien y la justicia.

4. AMNISTÍA Y AMNESIA. LA VERGÜENZA DE LA VÍCTIMA. RESENTIMIENTO, ODIOS Y VENGANZA.

Es claro, por otro lado, que la sociedad en la que vivimos tiende siempre a pasar página lo más rápidamente posible, pues como se dice habitualmente, 'la vida sigue'. Este debate, haciendo referencia a las víctimas de diferentes genocidios, pero aplicable a muchos otros casos, lo resumía Paul Ricoeur estableciendo el binomio de discusión 'amnistia-amnesia'. O sea, que la sociedad, los estamentos políticos y jurídicos, tratan de acelerar el proceso de taponar las heridas acudiendo a políticas que, en general, calificaríamos de amnistía total o parcial para los culpables: de condonación de penas, políticas de integración y reeducación de los victimarios, etc., que contrastarían con la imposibilidad de amnesia para las víctimas.

La figura de la víctima, como ya señalaba Jean Améry (escritor judío francés sobreviviente del genocidio), es la más clara representación del aguafiestas, quien nos recuerda aquello que queremos olvidar lo más pronto posible. Por ello, muchas de las iniciativas de apoyo a las víctimas y de condena de los victimarios han sido vistas por la población como movimientos que promueven la crispación y el odio. Esto es sencillo de comprender, pues como otras situaciones han demostrado, comenzando por el genocidio judío, recordar supone un fastidio, implica remover la tranquilidad de unas aguas que esconden ominosos y abismales problemas. Es mejor, como se le decía al joven Kertész (escritor húngaro sobreviviente del genocidio judío y Premio Nobel de literatura) recién llegado del campo de concentración a su casa, olvidar y mirar hacia el futuro. Pero lo que la víctima observa día a día es el alejamiento de familiares y amigos, el incomodo que causa allá por donde aparece. En suma, lo que todo esto revela es la incapacidad de ponerse por un instante en el lugar del otro, de su desesperación, su dolor y su petición de justicia. Por eso Améry hablaba incluso del derecho de la víctima al resentimiento: desear que el verdugo llegue a una conclusión semejante a la de la víctima, que sea capaz de decir "mejor si no hubiera ocurrido". Améry, quien calificaba su vida como sobreviviente como 'avería', acabó suicidándose como algunas otras víctimas conocidas.

Sandor Márai, escritor también húngaro y perseguido por los comunistas, también reflexiona sobre el suicidio en la sociedad comunista húngara, afirmando que su índice había subido alarmantemente al producirse más casos que durante la guerra. No se refiere, obviamente, al suicidio entre los sobrevivientes del Holocausto, sino entre la generalidad de sus compatriotas. Márai entiende, después de hablar con un médico que no logró culminar su intento de suicidio, que la única explicación es el miedo por la aniquilación del individuo en la sociedad comunista.

“Comenzó a sentir miedo de que en este mundo él ya no era <<él>>, de que ya no era el que había sido, porque había perdido algo. Al decir eso, hablaba como me había hablado aquel escritor y redactor de un periódico cuando me contó que en el calabozo adonde lo habían llevado los rusos había sentido un gran pánico al comprender que en aquel sistema <<él>>, el individuo, ya no existía, que se había diluído...”³

El sobreviviente judío de los campos de exterminio nazis tenía un estigma personal que extirpar sabiendo en su fuero interno que no iba a encontrar solución satisfactoria para ello. ¿Por qué había sobrevivido frente a los millones de judíos aniquilados bajo la maquinaria nazi? Como decía Jean Améry, el superviviente era una “avería” en los países democráticos de la posguerra, un individuo confinado al silencio pues no convenía remover las aguas ya pasadas. La Historia siempre pasa página y, al día siguiente de la matanza, todo el mundo se adapta, se entrega a las tareas cotidianas como si nada hubiera pasado.

“El hombre moderno, con su característica flexibilidad, lo olvidará todo, eliminará de su vida la borra turbia del pasado aplicando un filtro, como si fuese el poso del café.”⁴

Kertész reflexiona sobre su condición de sobreviviente y afirma que “siempre es culpable quien queda con vida. No obstante, llevaré la herida.”⁵ La vergüenza del todavía vivo después de presenciar lo inadmisibile le lleva a pensar que sólo cierta colaboración con el verdugo permite ver la nueva luz del día y que “sólo los muertos no han quedado manchados por la infamia del Holocausto.”⁶ La ilusión de

³ Tierra, tierra. pág.359

⁴ Yo, otro. Crónica del cambio. Ed. El acantilado, 2002. pág. 68

⁵ Liquidación. Ed. Alfaguara, 2004. pág.139

⁶ Dossier K. pág.182

que no es posible que sea verdad lo que ocurre ante mis ojos, incluso aquello que no veo pero sé que pasa con los otros⁷, y lo que cotidianamente experimento con mi propia identidad física y espiritual, hace mantener la esperanza de sobrevivir, de gestionar un día más con vida.

“Soy cómplice de mi supervivencia igual que de mi nacimiento, bueno, admito que mi supervivencia tal vez implica un poquito más de infamia, sobre todo habiendo hecho todo cuanto estaba en nuestras manos para sobrevivir.”⁸

“El secreto de la supervivencia es la colaboración, pero al admitirlo te cubres de vergüenza, de tal manera que prefieres negarlo antes que asumirlo.”⁹

“Sí, el ser humano se aferra a la vida incluso en circunstancias totalitarias y, por esta esencia suya, contribuye a mantener el totalitarismo: tal es el simple truco del sistema. La sensación de alienación con que el ser humano se relaciona, a pesar de todo, con el totalitarismo sólo puede suprimirse tomando conciencia de este hecho.”¹⁰

La vergüenza de la víctima, he aquí una clave para entender al sobreviviente, un referente para tratar de restañar una herida espiritual concreta para el superviviente, pero una brecha moral de carácter universal. No fueron monstruos los que gestionaron el Holocausto, tampoco fueron entidades abstractas o autoridades que permiten la transferencia de toda responsabilidad en ese seno inconcreto, fueron personas con nombres y apellidos quienes prestaron voluntad y manos a semejante obra. Como ya había dicho Márai,

“No hay un enemigo más vulgar y más humillante que el lumpen. El criminal que perpetra sus crímenes de forma solitaria suele asumir personalmente su propia

⁷ Quizá la manera más sencilla de entender esto sea la pregunta que un individuo formula al joven Köves, protagonista de “Sin destino”, acerca de la existencia de las cámaras de gas. El hecho de que Köves no las viera, pues en caso contrario no estaría hablando con él después de la liberación del campo, lleva a este sujeto a mantener la esperanza de la duda, a que quizá sea todo una exageración, pues no es posible que estas cosas ocurran. No quería creer que la realidad siempre puede ser más terrible que la imaginación.

O, como dice en Diario de la galera, pág.268. *“la gente ha estado todo el tiempo creyendo en algo, creyendo en algo mientras vivía lo que vivía o, cuando menos, que no creía que vivía lo que vivía. A muchos, esto les permitió la supervivencia y hasta el bienestar o incluso la sensación de haber triunfado sobre la vida; sin embargo habría que considerar también que al mismo tiempo los dejó inválidos”.*

⁸ Kaddish por el hijo no nacido. Ed. El acantilado, 2001. pág.38

⁹ Dossier K. pág.66

¹⁰ Diario de la galera. pág.29

responsabilidad. El lumpen nunca lo hace. Solamente aparece en el escenario de la Historia cuando puede actuar sin responsabilidad alguna, bajo órdenes superiores. En esos casos se pone su flamante uniforme, se humedece los labios, se remanga la camisa y se pone a trabajar satisfecho, a pleno rendimiento.”¹¹

Nadie está a salvo de convertirse en verdugo, basta que se den las circunstancias oportunas para que cualquier alma que se supone cándida se convierta en el peor enemigo del ser humano¹².

La vergüenza de la víctima es la vergüenza del ser consciente de su insuficiencia, de aquél ser humano que ha perdido la posibilidad de ser otra cosa, de configurar su identidad permeable día a día. Se le ha negado, como dice Kertész, ser dueño de su destino y por ello, como Köves el protagonista de “Sin Destino”, no tiene destino aunque odie a todo el mundo.

La afirmación del odio, por otra parte, está ligada con la sobrevivencia, con el hecho de que el otro no ha pasado por lo mío, por mi radical sufrimiento. Es natural un deseo de venganza, pero al mismo tiempo se sabe que la reparación es imposible y que la demanda de reconocimiento se estrella contra el muro de la indiferencia. E incluso, señala Márjai, quien espera la vuelta del ser querido después del terrible episodio de la guerra, se encuentra en el mejor de los casos con la paradoja de que quien vuelve no es quien esperaba: se ha convertido en otro, a menudo en un extraño.

“No podía volver porque había perecido en los laberintos del infierno... Había perecido aunque su cuerpo se hubiera salvado. Porque la persona que había sobrevivido al infierno y regresaba ya no era la misma que habían estado esperando.”¹³

Esta contrariedad, este desengaño, esta radical alteración de un estado previo de normalidad, de felicidad incluso, es fácil que fomente el odio. El individuo sabe que ha de comenzar todo de nuevo, se sabe distinto porque al igual que a otros muchos algo terrible le ha sucedido. Si además su experiencia es acaso semejante a la de Kertész, la dificultad se acrecienta por ese estigma de culpabilidad del sobreviviente del Holocausto.

¹¹ Tierra, tierra. pág. 231

¹² Véase por ejemplo “Yo, el verdugo” en “Fiasco”. Ed. El acantilado, 2003. pág.305

Salvando las distancias, creo que toda víctima, al enfrentarse a la respuesta de la sociedad que le rodea, ha sentido algo semejante. No podemos comparar casos como el genocidio con otras circunstancias también enormemente dolorosas, pero la incomprensión de la sociedad suele ser habitual en la mayoría de ellos. Por ello es comprensible el dolor que deriva en resentimiento e incluso en odio. Estas pasiones humanas son demasiado conocidas como para olvidarnos fácilmente de ellas.

Los antiguos estudiantes de Filosofía, allá por los años 70, cuando trataban de superar la asignatura de Ética, se solían ver enfrentados en no pocas ocasiones al examen de un caso práctico. El catedrático podía presentar un ejemplo real para evaluar si se habían entendido las lecciones de moral impartidas. Así, se podía presentar el ejemplo de un grupo de extorsionadores y criminales que habían secuestrado a uno de nuestros hijos, niños todavía, exigiendo el pago de un sustancial rescate. Si no se efectuaba el pago el niño sería asesinado. El caso práctico añadía que, vaya usted a saber por qué avatares, la policía se había apoderado de uno de los maleantes y éste se negaba a rajatabla a revelar el paradero del niño y sus compañeros malhechores. Una de las preguntas del caso solía ser: ¿Si la policía dejase en sus manos al malhechor, hasta dónde llegaría usted en el interrogatorio con el ánimo de conocer el paradero de su hijo?

Pues bien, mi respuesta sería que 'hasta sacarle los ojos si hiciera falta', a pesar de que esto atente contra los derechos del preso y los valores éticos fundamentales.

Entendámoslo, plantear este problema es una falacia y una estupidez. El primer suspendido tendría que ser la persona encargada de la docencia por no haber entendido nada a lo largo de una vida dedicada al estudio de la moral.

Creo que el comportamiento de cualquier ser humano sería el mismo en estas circunstancias. Habría que recordar que los instrumentos del Estado, y entre ellos la policía, existen para que nadie trate de tomarse la justicia por su mano. Los detentadores de la violencia legítima nunca pueden dejar que el odio y la venganza campen a sus anchas por muy legítimas que parezcan. Nadie puede erradicarnos esos sentimientos, pero el Estado ha de vigilar para que las pasiones no se tornen crueles realidades.

¹³ Tierra, tierra. pág.204

5. RECONOCIMIENTO DEL DOLOR CAUSADO Y ARREPENTIMIENTO. POSIBILIDAD DEL PERDÓN DE LAS VÍCTIMAS. JUSTICIA Y RESPONSABILIDAD.

Dice Kertész en "Fiasco" que tal vez empezó a escribir para vengarse del mundo. "Al fin y al cabo, la descripción implica un poder que acalla por un momento el instinto agresivo y genera un equilibrio, una paz provisional".¹⁴ No es poca cosa derivar el legítimo deseo de venganza por todo lo acontecido, hacia una acción tan liviana, puestos a comparar, como la escritura. Sin embargo, no es posible olvidar el derecho que asiste a las víctimas a ser escuchadas e incluso restituidas. "Porque sólo estas dos actitudes, la de la utopía rechazadora y sobre todo la de la existencia de las víctimas, superan el mundo cerrado del totalitarismo y vinculan este mundo mudo e insalvable al mundo eterno de los seres humanos".¹⁵

Frente al odio a todo el mundo que dice sentir Kóves (protagonista de "Sin Destino"), no podemos hacer otra cosa que reconocer su fundado resentimiento: no ha sido ni escuchado, ni comprendido, y además se le ha recomendado lo imposible, el olvido. La justicia tiene, en principio, algo que ver con una cierto tipo de venganza social, porque exige el reconocimiento de la culpa del asesino y su arrepentimiento¹⁶ o petición de perdón que permita la reconciliación. En resumen: que el verdugo llegue a desear que aquello no hubiera ocurrido ni para él ni para el otro, que el verdugo reconozca ser responsable directo del dolor causado. Porque conviene recordar que la víctima no se encontró con entidades abstractas como el nazismo o el terrorismo, sino que recibe su humillación de personas concretas, con nombres y apellidos, que han producido la quiebra de una posible felicidad.

Al torturador o victimario le interesa que sus acciones queden diluidas en una nebulosa inconcreta de donde partían las supuestas órdenes que ejecutaba sin reflexión. Pero a la víctima le preocupa el reconocimiento de la culpa del ejecutor concreto y que se haga justicia para que su dignidad humana, y la de la sociedad que lo permitió, quede restablecida. Améry se encontró frente a frente con seres humanos, con <<hombres enemigos>>; no fue el totalitarismo quien le propinó los

¹⁴ **Fiasco.**, pág. 95

¹⁵ **Un instante.**, pág.23

¹⁶ aunque hemos de decir que lo único constatable es el remordimiento porque del arrepentimiento nunca podremos tener certeza.

latigazos y le colgó de una cadena con las muñecas esposadas, sino el comandante Praust, que hablaba en dialecto berlinés.¹⁷

Para la víctima los jueces son la sociedad en su conjunto y no un tribunal profesional concreto. Y esto conlleva problemas también concretos, porque la justicia trata de ser garantista e imparcial en los procedimientos (y esto es lo que reclaman constantemente, con toda legitimidad, los asesinos y terroristas de todo pelaje, pero sin acordarse para nada de las víctimas) proponiendo la necesaria aplicación del olvido para lograr la concordia. ¿Es posible entonces, pongamos por caso, una prescripción de los delitos o una amnistía sin amnesia? Aquí se plantea una nueva manera de comprender la justicia, porque si no queremos mancillar a las víctimas nuevamente, hay que entender que atesoran una verdad, la suya, que ha de ser cuando menos escuchada. La víctima posee una mirada invertida de la realidad que escapa al verdugo y al espectador. Es comprensible el recurso al olvido de la sociedad, que quiere pasar página y volver a sus quehaceres, que quiere seguir confiando en que el país marcha, en que el progreso es irrefrenable. Pero ese procedimiento rehúye la mirada de la víctima que observa lo que el progreso esconde. No contemplarlo, conduce a petrificar el resentimiento de las víctimas al confinarlas nuevamente en la soledad y la incompreensión. Es un sentimiento de abandono moral puesto que el mundo ha podido más que su demanda ética de restitución y reconocimiento.

Las víctimas luchan por llevar a los asesinos concretos ante el tribunal, para que se vean cara a cara y aporten sus diferentes versiones de los hechos tratando de reconstruirlos, aunque sea imposible recordarlo todo, pudiendo así la sociedad tomar conciencia de la magnitud del problema. Pero el juez está obligado a pronunciarse para poner fin a esa discusión infinita. Sólo si esa restitución, el reconocimiento del daño infligido, emerge a la superficie, las víctimas quedarán relativamente satisfechas, porque nadie podrá restituirles lo arrebatado. No podemos demandarles el perdón, pues se trata de una dimensión personal al igual que el arrepentimiento que, en el caso de producirse, no necesita de propaganda pública en el caso de las víctimas.¹⁸

¹⁷ **Un instante.**, pág. 79

¹⁸ Para el caso de los victimarios, en España tenemos el caso de un miembro del GRAPO arrepentido, Félix Novales, que escribió un libro titulado "El tazón de hierro", que recomendaría leer tratando así de entender el perdón social y la justicia.

Pero cuando se proclaman prescripciones de delitos o amnistías que para nada aseguran que los mismos o semejantes hechos no volverán a repetirse, la víctima no puede mostrarse amnésica: volverá a reclamar lo que en justicia le pertenece y alertará a sus conciudadanos de que no se ha producido reconciliación alguna.

En el caso del terrorismo en el País Vasco, es en la anestesia social donde reside la clave para entender las escasas muestras de empatía o solidaridad que se muestran hacia las víctimas de la violencia terrorista. Y no cabe la menor duda de que es precisamente la víctima el elemento clave para tratar de resolver de una vez por todas esta acendrada lacra¹⁹. Para comprender a la víctima por parte de la ciudadanía es necesario el apoyo decisivo de las autoridades gobernantes, es imprescindible una política educativa que afiance la figura de quienes han sufrido los embates del terrorismo y les rinda de manera cotidiana el homenaje del recuerdo, ofreciéndoles la oportunidad de explicar ampliamente sus demandas. La memoria precisa además de un terreno firme en donde sustentarse, unas coordenadas inequívocas que orienten nuestro futuro: el propósito de educar a nuestras jóvenes generaciones en los valores democráticos, la importancia de la ley y el Estado de Derecho y el compromiso de la solidaridad ciudadana.

Por otro lado, muy pocas personas de ETA se han arrepentido. La estructura de apoyo carcelario que mantienen y promueven, su férrea disciplina de pertenencia a la organización no permiten deserciones ni claudicaciones. Además, el arrepentido es visto como unapestado en cuanto sale a la calle y se relaciona con su círculo de antiguas amistades, normalmente del entorno radical. Ya se sabe, aún es más fanático el que no se juega nada y desde la comodidad de su salón jalea y exige a otros que luchen por su causa. Este último jamás perdona al arrepentido, aunque haya pasado veinte años en la cárcel. En este estado de cosas es difícil que alguien se salga del estrecho círculo (lo hizo Yoyes, dirigente etarra que del exilio volvió a su tierra y fue asesinada el 10 de septiembre de 1986 por "traidora al pueblo vasco" cuando jugaba con su hija en la plaza del pueblo). Las únicas posibilidades de sustraerse a la condena consisten en cumplirla entera (es increíble el caso, pero ETA ante el miedo a la reinserción de sus militantes encarcelados reivindicó el

¹⁹ Imre Kertész en su obra "Un instante de silencio en el paredón", Ed. Herder, apunta lo siguiente: "De hecho, no conozco una obra verdaderamente importante y creíble, concebida en el mundo totalitario de la cruz gamada o de la hoz y el martillo o dedicada a él, que no lo describa por fuera desde su lado absurdo o por dentro desde la perspectiva de las víctimas. Porque sólo estas dos actitudes, la de la utopía rechazadora y sobre todo la de la existencia de las víctimas, superan el mundo cerrado del totalitarismo y vinculan este mundo mudo e insalvable al mundo eterno de los seres humanos."

derecho del preso a cumplir su condena íntegra), en pedir la remisión de parte de ella por haber cumplido las tres cuartas partes (lo que no constituye arrepentimiento sino aplicación de la ley), en padecer enfermedad incurable, etc. Pero jamás piden perdón por los hechos cometidos, forman parte de la lucha contra lo que ellos consideran la infame y opresora España.

Finalmente, para acabar con estos apuntes, no me queda más que recordar a Todorov y su llamada a la responsabilidad: "la responsabilidad es siempre una coherencia entre el discurso que uno produce y el mundo. Necesitamos poseer en nuestro interior una certeza ligada a los sentimientos sobre lo justo y lo injusto. Sin estas intuiciones de base, la razón no vale nada."